

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

N.º 483

25 CTS.



**Dick, el  
guardia  
marina**

POR  
Ramón Novarro  
y  
Harriet Hammond



# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN:

Pasaje de la Paz, 10 bis

Francisco-Mario Bistagne

TELÉFONO 18551

Año IX

BARCELONA

N.º 483

## Dick, el guardia marina

Excelente novela, interpretada por  
Ramón Novarro, Harriet Hammond, etc.



Producción

**METRO-GOLDWYN-MAYER**

Distribuida por

**METRO-GOLDWYN-MAYER**

IBÉRICA, S. A.

Mallorca, 220

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
DAVID PERCY



# Dick, el guardia marina

## Argumento de la película

La Metro-Goldwyn-Mayer se complace en testimoniar su agradecimiento a la Escuela Naval de los Estados Unidos por la colaboración que se sirvió prestarle, la cual está en consonancia con la tradicional cortesía de la Armada.

Conocida de todos es la excepcional importancia de la Armada norteamericana, de la que los Estados Unidos se sienten legítimamente orgullosos, viéndolo en ella su primera línea de defensa.

Las poderosas naves surcan los mares de todos los cielos gallardamente, sin bravuconería, lo mismo en tiempos de paz que en épocas agitadas. No significan reto, sino disciplina.

Los oficiales bajo cuya dirección navegan esos grises monstruos de acero son la flor y nata de los Estados Unidos e hicieron su aprendizaje en la Escuela Naval de Annapolis.

Esta Escuela cobija en sus aulas a más de dos mil guardias marinas, en cuya mente anida el deseo de llegar a la alta graduación de almirante.

Exactamente igual que las Universidades y los Cuarteles, la Escuela Naval tiene sus sorpresas para los novatos, los quintos, a los cuales los veteranos hacen objeto de sus bromas pesadas y otras hierbas.

Se conoce a la legua a los nuevos alumnos.

Procedentes de los cuatro puntos de los Estados Unidos llegaban los nuevos estudiantes.

Entre los novatos figuraba Dick Randall, simpático muchacho, de aire decidido, y cuya firme mirada acusaba un carácter recto, amigo de la verdad.

Dick vestía correctamente. Otros vestían mejor.

Sin embargo, entre todos, él era, por decirlo así, el quinto menos quinto.

A pesar de ello, Dick cometió una torpeza apenas se encontró a pocos pasos de la Escuela. En la entrada, formada por una amplia verja central y una puertecilla de hierro al lado izquierdo, Murt, alias Spud, del primer año, que figuraba en la comisión encargada de dar la bienvenida a los novatos, se fijó con curiosidad en Dick. Su caminar resuelto y sus maneras decididas le llamaron la atención. Y ocurrió que Dick, no porque Spud le mirase con insistencia, sino porque se sintió invadido de inexplicable turbación al pisar la puerta de la Escuela, se apartó de la dirección que seguían sus compañeros de ingreso, y que era la de la verja central, yendo hacia la puerta pequeña, detrás de la cual se hallaba Spud observando a los que llegaban.

—¿Por dónde entro?—preguntó Dick a Spud, un tanto intimidado delante del veterano.

Spud le señaló la entrada central, contestándole con ironía:

—¿No cabe usted por esa puerta?

Dick, más desconcertado todavía al percatarse de su necedad, pues los demás alumnos entraban por la puerta principal, se apartó de la puerta pequeña y siguió a sus camaradas.

Anchurosas avenidas y verdeantes paseos rodean la Escuela, y al encontrarse Dick a medio camino, Spud, que se había "interesado" por él, le salió al paso, dispuesto a "tomarle el pelo" para divertirse a sus costas.

—Aquí no se fuma—le dijo, quitándole el cigarrillo que tenía en los labios.

Prestamente, Dick, cuyo lema al entrar en aquel recinto donde debería consagrarse en cuerpo y alma al estudio, era el de acatar sin discusión la severa disciplina, cuadróse ante el veterano en señal de sumisión, y ocurrió que, en su azoramiento inevitable, la maleta que llevaba en una mano se le cayó al suelo, abriéndosele y esparciéndose las ropas y efectos sin compasión para él.

Varios novatos se detuvieron para complacerse, con Spud, en burlarse de Dick, que no sabía qué ha-



cer, luchando entre dos fuegos: el deseo de recoger sus cosas y encerrarlas en la maleta y el deseo de atender al veterano, que seguía hablándole.

Para martirio de Dick, el despertador que había sido su compañero hasta entonces y que él no se había olvidado de llevar consigo a la Escuela, parecía haber enloquecido súbitamente, tal era su desenfadada manera de tocar el penetrante timbre.

Al fin Dick se decidió por parar el despertador y ordenar su equipaje en la maleta, pero ésta se le volvió a abrir, obedeciendo a la nerviosidad manifestada por la víctima del accidente, que había reunido en torno a sí a varios poco compasivos aunque inofensivos compañeros y veteranos.

Spud, que disfrutaba con su primera aventura con los novatos, contempló riéndose el despertador, y dijo a Dick:

—No le hará a usted falta; ya nos encargaremos de despertarle.

En sus palabras había como amenaza de bromas que le sacarian saltando de la cama a la hora de levantarse.

Poco a poco, Dick fué recobrándose; y recogidas sus cosas, para sobreponerse por completo al inevitable lapso de timidez, sacó de un bolsillo dos pedazos de goma de mascar, ofreciendo uno de los pedazos a Spud; pero éste, rechazándolo e impidiéndole que mascara el suyo, le contestó:

—Aquí no queremos rumiantes.

Dick no protestó, y resignándose a no mascar goma, prosiguió el camino hacia la Escuela, detrás de los otros novatos, al lado de Spud.

Al llegar junto a un monumento erigido a la memoria de héroes de la Armada, cuyos gloriosos actos habían merecido el honor de quedar immortalizados sus nombres sobre lápidas imperecederas, para ejemplo de la posteridad, Dick quedó rezagado, contemplando con emoción el obelisco rodeado de cañones e insignias de la Marina.

Spud observó pronto el retraso de Dick, y reuniéndosele, le reprochó el haberse detenido sin permiso.

Dick volvió a mirar la lápida en que aparecían grabados los nombres de los héroes muertos por la Patria, y justificó su separación de sus compañeros

de ingreso en la Escuela, haciendo esta declaración:

—J. R. Randall, uno de los que merecieron la glorificación de su nombre en esa lápida, era mi padre.

Spud miró con extrañeza a Dick, y desde ese momento, viendo en él un muchacho dispuesto a ser digno de su ascendiente, le cobró súbita simpatía, prometiéndose no abusar de su ligera superioridad sobre él.

Los primeros días que siguieron al ingreso fueron algo tristes para los alumnos; pero gradualmente, a medida que unos y otros iban tratándose y que se formaban las parejas de amigos, la vida recobró su aspecto agradable.

Claro que los ejercicios a que estaban sometidos los quintos eran más o menos pesados, pero la buena voluntad, y sobre todo la resignación, les ayudaban a seguir adelante sin desfallecer, o, desfalleciendo lo menos posible.

Una semana después, manejando sendos remos que por lo pesados se les antojaban postes de telégrafo, los novatos recibieron la primera lección de náutica.

Este se quejaba de que los dedos de sus pies parecían tener por lo menos diez callos cada uno; aquel ponía una cara de payaso y se inclinaba hacia fuera de la barca, preparándose para regalar algo a los peces; y el de más allá tenía tanta agua en el rostro como una foca al asomar su adiposa cabeza después de una zambullida.

Spud era el profesor del equipo del que formaba parte Dick. Era un buen muchacho, pero tenía la manía de chancearse del prójimo, y por ello pasaban malos ratos sus subordinados, pues no les perdonaba la menor falta, guiado tan sólo por el placer de verles con rostro mustio. Su diversión no tenía ninguna gracia para los novatos, pero, en cambio, no dejaba de tener la ventaja de que las lecciones que él les daba eran más provechosas que las de los demás instructores.

Dick estaba distraído cuando Spud dió la orden de marcha para una prueba de velocidad, y como se retrasó un poco, para ganar el tiempo perdido se precipitó en el ejercicio del remo, dando un involuntario golpe a su compañero Texas, que no mi-



raba con buenos ojos a Dick, por considerarle superior a él.

Texas, hallando ocasión de querellarse con Dick, se puso hecho una furia.

—Podía ser menos brusco—le dijo, amenazándole. —Perdone, Texas; no lo hice adrede.

—Excusas, nada más que excusas... Ya le conozco, y no seré yo quien aguante sus impertinencias.

La actitud de Texas amenazaba degenerar en riña a golpes, pero los compañeros intervinieron en la cuestión ahogando con sus gritos las frases duras de Texas, y vibró la voz autoritaria de Spud.

—¡Silencio, que esto no es un congreso!

Texas depuso su hostilidad contra Dick, y los alumnos obedecieron la orden de Spud de remar mar adentro.

La embarcación no adelantaba como lo hacían presumir los esfuerzos de los estudiantes, y fijándose en lo que éstos hacían, Spud dijo a uno de ellos:

—¡Vamos Gordito, tira del remo en vez de querer empujar el agua con él!

El interpeñado, enrojeciendo, se dió cuenta de su torpeza y repuso:

—Dispense usted, creí que había que remar en la misma dirección en que estamos mirando.

Corregido el error de Gordito, la barca pudo avanzar, cada vez con más bríos, pero Dick, al apartar con uno de sus pies uno de los zapatos que se quitara el alumno que creía tener diez callos en cada dedo, tropezó con el tapón que cerraba el paso del desagüe de la lancha, arrancándolo de su sitio; y a causa de ello entró en la embarcación un chorro constante de agua.

Nadie se había dado cuenta de la fechoría de Dick, y éste, alarmado por las proporciones de la inundación, procuró tapar la abertura, no lográndolo por no permítirselo los movimientos que tenía que hacer para no abandonar el remo.

En vista de la inutilidad de sus esfuerzos para reparar lo que podía llamarse avería, Dick escondióse el tapón en el pecho y continuó remando tranquilamente.

El agua se hacía dueña de la barca, y los alumnos, mirándose unos a otros, se decidieron al fin a lla-

mar la atención de Spud, quien, en el timón, no se había dado cuenta de nada.

—¿Qué demonio es lo que pasa? —inquirió Spud.

No hubo necesidad de que nadie le contestase, pues la barca estaba medio inundada, y todo cuanto se hizo para encontrar la causa de la entrada de agua fué inútil, ya que Dick siguió ocultando el tapón.

El alumno que se había mareado aprovechó la ocasión para hacer el obsequio que preparara a los peces, y poco después todos tuvieron que echarse al agua para salvarse a nado, pues la barca desaparecía por completo de su blando lecho.

Texas, que descubrió que alguien había quitado el tapón del desagüe, dijo mirando a Dick, presintiendo que éste era el culpable:

—Al que hizo eso, debían mandarlo a puntapiés a su casa.

Spud, indignado, ordenó:

—¡Vamos al atracadero! Ya averiguaré yo quien ha sido el de la gracia.

Pero era demasiado tarde para salvar la embarcación, y Dick, al cruzar, a nado, a Spud, sacóse del pecho el tapón y se lo entregó, huyendo a toda prisa de su lado, volviéndose para ver la cara que ponía el veterano al enterarse de que él había sido el autor de la hazaña.

Pero Spud, que era un buen chico, prefirió disculpar, y Dick libróse de castigo.

\* \* \*

Aquella misma tarde había clase de baile para los novatos, bajo la dirección de un experto profesor con ribetes de poeta y de solterona romántica.

Reunidos en la amplia sala destinada al arte de Terpsicore, los alumnos estaban pendientes de las indicaciones del maestro, cuyo físico les inducía a la risa.

Después de elocuente disertación acerca de lo indispensable que era para todo buen oficial de la Armada el saber bailar, el profesor entró en el terreno práctico, y dijo:

—Empezaremos por aprender el vals, que es el más elegante y agradable de todos los bailes.



Los alumnos no estaban muy dispuestos a lucirse, pues faltaban damas, y uno de ellos, como haciéndose eco de la opinión de los demás, provocada por el mismo o distinto motivo, murmuró:

—¡Cualquiera baila con esos zapatitos que me han dado a mí!

El profesor, imperturbable en el cumplimiento de su misión, añadió:

—Voy a numerarlos a ustedes; los números pares serán las damas y los números impares los caballeros.

Texas estaba, en la fila, al lado de Dick, al que desde el incidente del remo en la barca miraba como a enemigo; y ambos se preguntaban si el azar iba a aparejarlos para aprender el vals.

La casualidad confirmó sus temores, siendo elegido Texas para dama y Dick para caballero.

Los dos enemigos se dieron las manos y se estrecharon el cuerpo, no como correspondía a una dama y a un caballero, sino como dos rivales deseosos de estrujarse.

El profesor, al dar la orden a los músicos de tocar el vals, dijo a los alumnos al indicarles que podían empezar:

—Para hacerlo mejor, vayan ustedes repitiendo al compás de la música: *tra la la la, tra la la la...*

Había que ver a algunos de los alumnos que hacían el papel de dama. Se habían identificado tanto con su *rôle* que nos les faltaba nada más que las faldas y un poco menos de pelo en el rostro para pasar perfectamente por una hija de Eva, un poco tonta, como se supone...

A las primeras de cambio, o sea, a los primeros pasos, Dick acarició a Texas con pataditas, sin mayor intención que reconciliarse con él, bromeando durante la enseñanza del baile; pero Texas, que era menos simpático que su compañero, correspondió a las pataditas con golpes rencorosos, y en vista de ello Dick no se quedó corto, estrechándose y pegándose cada vez más fuerte los dos enemigos.

El profesor, al tiempo que observaba a las parejas, daba consejos.

—Las personas distinguidas bailan dejando siempre un espacio no menor de cuatro pulgadas entre sí.

Este detalle de la separación no lo observaban, según hemos dicho, Dick y su dama, y el maestro, sorprendiéndoles tan agarrados, les llamó al orden, haciendo extensiva su observación a otras parejas.

—¡Señoras, señoras, no olviden las cuatro pulgadas que han de separarlas de los caballeros!

Pero este y los demás consejos del buen hombre eran baldíos, por cuanto los alumnos, entregándose sin moderación al estímulo de la música, volteaban como consumados bailadores, convirtiéndose la sala de baile en algo así como un recinto donde se pisara uva, con la sola diferencia que lo que se pisaba eran pies, quedando malparada la aseveración del profesor de que el vals era el más elegante y agradable de todos los bailes...

Después de la danza, el apetito de los alumnos era extraordinario, y apenas sonó la hora de la comida, los magníficos comederos viéronse invadidos por una juventud hambrienta.

Spud presidía la mesa en que comían Dick y Texas, a los que el destino se complacía en juntar siempre.

Bromista incansable, Spud hizo presentar armas con dos hojas de ensalada y apio a los novatos, sin que por ello dejasen de comer, y se libró a inquietarles dirigiéndoles preguntas. ¡Ni en la mesa podía dejarles tranquilos!

Texas tuvo la desgracia de ser elegido el primero en el interrogatorio.

—¿Por qué son las fragatas del género femenino?

El preguntado buscó la respuesta, y como no la hallaba, repuso:

—Pues... porque... Bueno; no lo sé.

Impasible, Spud le reprendió por su ignorancia.

—En la Armada hay que saberlo todo.

Dick se burlaba por lo bajo de Texas, y Spud, para poner en un aprieto a Dick, le hizo la misma pregunta.

—Señor Randall, ¿por qué son las fragatas del género femenino?

Cogido de sorpresa, Dick vaciló un momento, y como no encontrase una respuesta adecuada, contestó atrevidamente:

—Porque nunca crían bigotes.



El resto de los alumnos miró, asombrado, a Spud, descontando que éste iba a reprender con castigo a Dick por su contestación imprecendente; pero todos se llevaron chasco, pues Spud, cogido, a su vez, de sorpresa, por la originalidad de la réplica, mostróse conforme con ésta.

—Muy bien, muy bien, usted promete—dijo a Dick, ocultando una sonrisa.

Texas, asombrado, se decía con envidia que Dick era un hombre afortunado, doliéndose al propio tiempo de que hubiese sido él quien hubiera encontrado la respuesta a la pregunta que le había sido dirigida en primer lugar.

Dick agradecía con la mirada a Spud su bondad para con él; pero Spud probó de desconcertarle con otra pregunta.

—Vamos a ver, señor Randall; otra preguntita. ¿Por qué pintan de gris los acorazados?

Esta vez, los alumnos confiaban en que Dick no saldría triunfante, pero sus deseos se vieron fallidos nuevamente, pues Dick, más listo de lo que ellos se figuraban, salió del apuro con una nota cómica de buena ley.

—Para que el enemigo no dé en el blanco.

Spud, sinceramente satisfecho, exclamó:

—¿Tiene usted una intuición apocalíptica!

Decididamente, Dick había ganado para su causa, por si no lo tenía muy seguro ya, a Spud, lo cual era un motivo más para que la envidia de Texas aumentase en proporciones alarmantes.

Fueron pasando los días, y cierta mañana, en el Pabellón de Bancroft, en cuyos amplios corredores se divierten los antiguos a expensas de los novatos, Spud, con otros veteranos, organizó una broma de la que serían protagonistas y víctimas Dick y Texas.

—Orden del día—dijo Spud—; todos los novatos se ejercitarán en la aviación aeroterrestre. ¡Atención! ¡A los aeroplanos!

Los quintos ocuparon unas cajas de madera, y Dick y Texas, cada cual en una caja, se encargaron del volante, pues habían sido nombrados, en la farsa, pilotos.

Spud dió órdenes.

—El señor Wilson y el señor Randall gobernarán con los timones abastados.

Los aludidos tomaron nota de ello.

—Los encargados de la observación observarán todo lo observable.

Los unos procurarían superar a los otros.

—Primera maniobra: siete vueltas en espiral a base de los timones abastados.

Dick y Texas creyeron de buena fe que se trataba de un ejercicio serio, y se entregaron tan de lleno a la prueba, que al final de las vueltas en espiral sus cabezas chocaron, no para acariciarse precisamente.

Dick apresuróse a lamentar lo ocurrido, pero Texas, dando rienda suelta a su furor, saltó de la caja diabólica, y midiendo a su rival, le espetó:

—¿Lo hizo usted de intento!

—Le aseguro que no, Texas.

—Desde que llegamos aquí anda usted buscando una paliza, y se la voy a dar.

—Está usted muy equivocado, Texas; yo no he tratado de buscarle pleito, ni veo por qué hemos de pelear.

—¿Lo que pasa es que es usted un cobarde y tiene miedo!

Hasta aquí, Dick había contestado a Texas con deseos de calmarle, pero al comprender que su enemigo interpretaba torpemente sus buenos deseos, salió por sus fueros.

—¿Miedo? ¡Vamos a verlo!

Los dos jóvenes se aprestaron a la lucha, y a punto de pegarse, Dick, en un impulso de sensatez, procuró no llegar a tal extremo con un compañero.

—Hombre, Texas, retire usted lo dicho y aquí no ha pasado nada.

Pero Texas rehusó todo buen intento.

—No retiro ni una palabra.

Spud, que había estado observando a los dos jóvenes, dijo:

—Será mejor que se den unos golpes y así podrán reconciliarse después y quedar en paz.

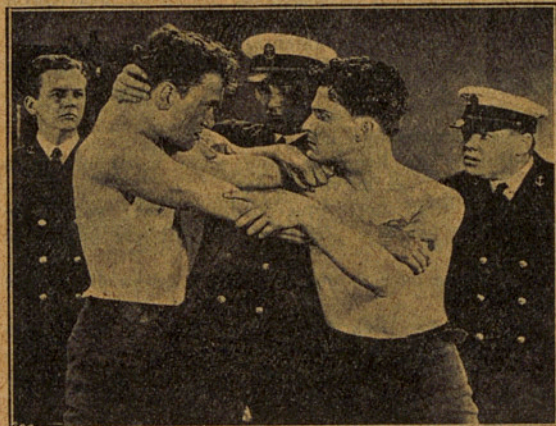
Dick no se decidía, apenado de tener que pegarse con un hombre por una estupidez, y Texas insistió en provocarle.



—¡No sea usted cobarde! Merece que le echen de la Armada.

Agotada la paciencia, Dick presentó batalla, y la riña fué brutal, casi salvaje, por parte de Texas, tanto, que su contrincante se tambaleó unos momentos por efecto de violentos puñetazos recibidos en pleno rostro.

Spud daba casi segura la derrota de Dick, que parecía haberse acobardado ante la acometividad de Texas, pero la reacción de aquél pasmó a todos, y



...y la riña fué brutal...

en breves segundos la ventaja que le llevaba a su rival era presagio de rotunda victoria.

En efecto, un soberbio *chochet* derribó en tierra a Texas, que desistió de seguir luchando.

Los compañeros que habían presenciado la riña desde la puerta del dormitorio de Dick, donde los combatientes entraron para que no se enterasen los profesores, aplaudían íntimamente el triunfo de Dick, y Gordito, que estaba en el dormitorio con Spud y otros amigos, los cuales cuidaban del vencido, se acercó al vencedor y le dijo:

—¡Estupendo, chico, estupendo! Se merecía la lección que acabas de darle.

—No hablemos de eso, Gordito; a pesar de todo le tengo cariño a Texas y siento que hayamos tenido que apelar a este extremo—contestó Dick.

—Eres demasiado bueno, amigo mío.

Spud se acercó al vencedor, lo condujo junto al derrotado, y propuso la reconciliación.

—Ahora, un apretón de manos y a no acordarse más de eso.

—Yo no tengo inconveniente—contestó Dick, tendiendo su mano a Texas.

Este se resistía a hacer las paces, pero Spud insistió en que debía hacerlo; y al obedecer, manifestó a Dick, sin olvidar el agravio:

—Está bien, pero conste que si se decidió usted a pelear fué porque le obligaron.

Dick estrechó la mano de Texas con reproche, afligido por el rencor que éste le seguía demostrando, y al alejarse de su dormitorio, Spud le alcanzó junto a la puerta.

—Mis felicitaciones, Randall; es usted lo que ha de ser un valiente, un oficial y un caballero.

Apartándose bruscamente de él, creyendo que se burlaba, Dick respondió:

—¡No me venga con músicas celestiales!

Y al salir del dormitorio, los compañeros que presenciaron fuera del mismo la pelea, rodeáronle para elogiarle efusivamente, pero él esquivó tales demostraciones de simpatía, dirigiéndose hacia el jardín.

Las amplias avenidas veíanse muy concurridas de visitantes, uno de los cuales era una mujer de dulce aspecto, que buscaba a alguien extrañándose a cada paso de los cambios habidos en aquellos lugares, en los que no había estado desde muy joven, cuando en la escuela preparaba su porvenir el que había de ser su compañero amado.

Dick se hallaba solo en un rincón del parque, entregado a sus meditaciones, cuando, de pronto, vio llegar a sí a la desconcertada visitante, guiada a él por unos alumnos, entre los cuales se contaba Spud.

La mujer avanzaba como hipnotizada por Dick, y éste, al verla, salió a su encuentro, mirándola fijamente, comprendiendo quizá que debía respetar lo que



en aquellos momentos pasaba por el alma de ella, y al encontrarse, la visitante contempló al buen mozo con adoración, los ojos velados de lágrimas, y a un mismo tiempo los dos se abrazaron, reclinando la mujer su cabeza en el pecho de Dick.

La escena era observada por Spud y algunos compañeros, con emoción, y al cruzar Dick sus miradas con las de ellos, vió en sus labios una sonrisa de simpatía, de elogio, que en su elocuente lenguaje le decía:

—¡Qué contenta está tu madre, Dick!

En efecto, muy contenta estaba la dulce mujer, pues rumoreaba, inquietados sus párpados por gruesas lágrimas:

—¡Qué orgullosa me siento de ti, hijo mío!

—¡Qué buena es usted, madre mía!—respondió el hijo, besándola con inmenso cariño.

Luego hablaron, como dos buenos amigos, recordando meses pasados, y cumpliendo ella encargos de conocidos; y al despedirse, hasta otra visita, más adelante, Dick oyó este consejo de su madre:

—Sé siempre digno del uniforme que ostentas, hijo del alma. Recuerda que sólo los caballeros deben vestirlo.

—Sí, madre... Sabré ser digno de ti.

\*\*\*

La promesa hecha a su madre era sagrada para Dick. Mostróse digno del uniforme; y después de estudiar con tesón pasó a segundo año.

Un nuevo contingente de novatos se veía sometido a las pruebas de rigor.

En un pasillo de varios dormitorios, unos veteranos confundidos con quintos se disponían a reírse un rato largo haciendo objeto de una broma muy fresca a uno de los recién ingresados en la Escuela.

El juego consistía en sentar a un tal Lawrence, el muchacho de las pecas, como le llamaban sus compañeros, por la abundancia de las mismas que adornaban su rostro exento de perfecciones, sobre un barreño lleno de agua, y hacerle remar con el mango de una escoba o con un palo cualquiera, como si efectivamente se encontrase en el mar y en una lancha.

Primero, el alumno tomó la cosa en serio; pero al ver cómo se reían todos, cansóse de remojarse las posaderas en el barreño, y viéndolo clara, como el agua, la chanza, explotó su furia.

—¡Basta ya de broma!

Los veteranos no estaban dispuestos a escuchar su protesta, pero la intervención de Dick en favor de la víctima de los deseos de burla de aquéllos, puso fin a los sustos de Lawrence.

La tristeza de los primeros días de ingreso, y las bromas que continuamente le hacían los veteranos y los alumnos que ya habían pasado por ellas antes que él, ahondaron en el espíritu de Lawrence, que era un muchacho apocado, decidiéndole a tomar la determinación de abandonar la Escuela.

Dick, que siguió a Lawrence hasta su dormitorio, para darle a entender que debía tomar las cosas con calma, pues estaba entre gente bullanguera que no respetaba la seriedad de los demás, le halló resuelto a llevar adelante su idea de partir.

—Vamos, sea usted hombre y no se acobarde al primer contratiempo. ¿Sería usted capaz de renunciar a la carrera por una simpleza?

—Yo no sirvo para esto, y cuanto antes me retire, mejor.

—Vamos, serénese. Sea usted juicioso. El que no aspira a vencer está vencido, Lawrence.

Las palabras de Dick cayeron bien en el ánimo de Lawrence.

—Tiene usted razón. Ni puedo ni debo renunciar. ¡Soy nieto del almirante Lawrence!

—¡Eso es hablar como un hombre! Considéreme usted su amigo de ahora en adelante.

Unos días después, Lawrence buscaba a Dick por los paseos de la escuela. Parecía tener mucha prisa por encontrarle.

—¡Al fin!—exclamó al verle.

—¿Qué sucede, Lawrence?

—Quisiera pedirle un gran favor, Dick... Mi hermana vendrá al baile de esta noche. ¿Quiere usted ayudarme a llenar su programa?

Instintivamente, Dick contempló a Lawrence y por obra y arte de su imaginación el muchacho se transformó en muchacha, su hermana, horrorizándose



aqué ante su fealdad; y resuelto a no bailar con la pobre chica, respondió:

—Lo siento muchísimo, pero no tengo ya ni una polka disponible.

—¡Qué lástima!—dijo, apenado, Lawrence—. Porque yo como no tengo mucha confianza con nadie, no sé a quién dirigirme.

—No se preocupe... Hablaré con mis amigos, que tendrán mucho gusto en ayudarnos—añadió Dick, pensando dar una broma a los veteranos de su quinta.

—¡Oh, gracias, Dick, gracias!

Inmediatamente el servicial amigo fué al encuentro de algunos compañeros, y mostrándoles la cartulina doblada en su centro que le entregara Lawrence, les dijo:

—Aquí tengo el programa de una beldad que vendrá al baile de esta noche; y como es natural, mis amigos tendrán la preferencia para bailar con ella.

—¡Muy bien, muy bien! ¡Excelente idea, Dick!

—Tú eres mi mejor amigo, Gordito, y los cuatro primeros renglones del programa son tuyos.

—Muy agradecido, chico.

—Ahora, que cada uno de ustedes vaya llenando el programa.

—Pero ¿y usted?—inquirió uno de los compañeros.

—Yo no bailaré con ella. Os la cedo, en una palabra. Y prometo solemnemente no interrumpir a los felices mortales que bailen con esa belleza. ¡Aprovéchense, pues, ahora, para que no tengan después que arrepentirse de haber desperdiciado la ocasión de ceñir el talle de esa hurí!

Todos querían saber algo referente a la tan ponderada señorita. Con la mayor calma, Dick respondió a todas las preguntas.

—Es la hermana del caballero Lawrence; y, según parece, su vivo retrato.

A una, al oír tal barbaridad, los sorprendidos compañeros protestaron enérgicamente, sin resultado alguno, apartándose de ellos Dick a todo correr, para escapar a su venganza.

Un poco después, casi todas las familias e invitados de los alumnos habían llegado para el baile, paseándose por la avenidas en grupos, en los que imperaban la elegancia y la riqueza.

Un automóvil detúvose a escasa distancia de donde se hallaba Dick, y se apearon del mismo dos bellísimas damas y un caballero.

Una de dichas señoras, la más joven, era extraordinariamente hermosa, y su *chic* no podía ser más perfecto.

Lawrence, al distinguir a los recién llegados, fué a su encuentro, y besó a la señorita que había llamado tan poderosamente la atención de Dick; y éste, al presenciar aquello, creyó caerse de espaldas, pues



*Lawrence fué a su encuentro...*

acababa de tener la seguridad de que la bellísima criatura era, precisamente, la hermana de su joven amigo.

—¡Válgame Dios, y yo que creía que era tan fea como él!

Una idea pasó fugaz por su mente, y entrevistándose, como casualmente, con los compañeros que se encargaron de llenar el programa de la supuesta caricatura, les dijo:

—Les he dado a ustedes una broma muy pesada, amigos, sobre todo a ti, Gordito. Acabo de ver a la



hermanita de Lawrence, y estoy dispuesto a relevares del compromiso de bailar con ella.

Los amigos se negaron.

—No hay que ser tan generoso, Dick; no podemos consentir en ese sacrificio...

—Pero es que la broma, considero yo...

—Sí, ¿eh? ¡Es usted un lince, pero corremos más que usted!

—¿Por qué dicen ustedes eso?

—Nosotros también la hemos visto.

—¡Ah!

—Y tendremos, todos nosotros, a mucho honor el bailar con ella.

Dick se había lucido. Pero ya que no podía bailar con la mujer más bonita que había visto en su vida, al menos le hablaría al ser presentado por Lawrence como amigo y protector.

El momento de la presentación no tardó en llegar, pues buen cuidado tuvo Dick de acercarse a Lawrence, para que, al verle, éste lo enfrentase con su hermana.

—Amigo Dick, le presento a usted a mi hermana Patricia.

Los dos jóvenes estrecháronse la mano, y el contacto de la suya con la de ella le resultó tan grato a Dick, que retuvo la suave manecita mucho tiempo, mirándola con arrobó a los ojos, no haciendo esfuerzo alguno Patricia para librarse de aquella súbita admiración del buen amigo de su hermano.

Pero fué fuerza volver a la realidad, pues el acompañante miraba con impaciencia a Patricia, y entonces a Dick le fueron presentados la otra dama y el citado acompañante: la señora de Wilmerding, tía de Lawrence y de Patricia, y Basilio Courtney, amigo de la familia y especialmente de Patricia, de cuyos encantos estaba enamorado.

Tras los saludos de rigor, Lawrence elogió a Dick delante de todos.

—Patricia, el señor Randall tuvo la amabilidad de encargarse de llenar tu programa de baile.

—Muchas gracias, señor... y espero que no se haya usted visto en la precisión de comprometerse a bailar mucho conmigo.

Dick prefirió fingir que en la lista de los baila-

dores estaba su señal característica o su segundo apellido, y contestó:

—Lo que siento ahora es no haber comprometido todos los bailes.

Agradecida al halago, Patricia, mirando a Courtney, que no se mostraba satisfecho de la galantería de Dick, dijo a éste:

—Tengo que reservar alguno para el señor Courtney. Supongo que ni usted ni sus amigos tendrán inconveniente en ello.

—Naturalmente, naturalmente...

Lawrence estaba encantado de Dick. ¡Pues no era éste nadie comprometiendo bailes para su hermana!

Dick simulaba que también estaba alegre, y si bien al principio se prometía que al quedar solo se daría de bofetadas hasta marearse, por lo necio que había sido no comprometiendo ningún baile para sí propio, una idea vino a poner luz a su cerebro, barriendo un tanto el mal humor...

Por la noche, el salón de fiestas de la Escuela hallábase espléndido de mujeres hermosas y luces visísimas.

Patricia, reina entre las reinas, hacía pasar un mal rato a Dick, viéndola en brazos de sus compañeros.

El Gordito se consideraba en la gloria girando por el encerado piso que brillaba como un espejo, y cada vez que Dick le dirigía la vista, le sacaba la lengua en señal de burla y demostración de contento.

Para colmo de desdicha, Texas miraba compasivamente a Dick, por su chasco, y Smith, otro de los que debían bailar con Patricia, no se movía de su lado, repitiéndole cada vez con mayor ironía:

—Tengo los tres siguientes bailes después del Gordito.

Pero no era sólo Dick el que se impacientaba viendo bailar a los demás, sino también Courtney, que, temiendo que los futuros alféreces, encontrándose a gusto en los brazos de Patricia se olvidasen completamente de que ella debía bailar con él, se decidió a separar de ella a Gordito, para terminar uno de los bailes, cosa a la que el joven no se opuso, por cortesía y galantería.

Courtney dió algunos pasos con Patricia, pero Dick, que como había prometido a sus compañeros no in-



terrumpirles mientras bailasen con la hermosa señorita, no hubiera podido bailar en toda la noche, a menos que alguno de ellos hubiese renunciado a ello de *motu proprio*, aprovechó la circunstancia de que Courtney fuese el bailarín para separarlo de su gentil pareja, ocupando su lugar.

Courtney reprimió su enojo, y Dick, ebrio de felicidad, disponíase a bailar con Patricia... pero la música cesó en tan crítico momento.

El ilusionado muchacho batió palmas a rabiar, para reclamar el bis de la música, sin lograrlo; y en vista de su mala pata, envolvió a Patricia en cálidas miradas, y murmuróle súplicas tiernas que la convencieron.

—Tengo que revelarles un secreto, señorita... ¿Quiere usted que salgamos al jardín?

—No olvide que sus amigos me esperan para los siguientes bailes...

—No importa... Lo que le he de decir es más importante que eso...

—Vamos... pero para volver en seguida.

En el jardín sentáronse en un banco, muy cerca el uno del otro.

—Yo quería decir a usted, señorita Lawrence...

—Que no tenía ni una polka para reservármela a mí...

—No era verdad. Ya ha visto usted que no he bailado con nadie... ni bailaré, si no es con usted... Cuando su hermano me encargó de llenar su programa, yo creí que...

—Sí, que era fea, horrorosa, que no debía usted molestarse en ser galante con una insignificante mujer...

—El castigo ha sido grande, porque cuando veo a esos energúmenos bailando con usted, sería capaz de cometer una barbaridad... ¡Es usted tan bonita, señorita!

—Todos sus amigos me dicen lo mismo...

—Es lo único sensato que han dicho en su vida. Pero yo se lo digo a usted de otra manera... Tiene usted unas manos delicadísimas... No oso ni tocarlas...

—Pero las toca...

—Yo no he tenido nunca novia, porque no habían

visto mis ojos jamás una mujer como usted... ¿También le han dicho a usted eso mis amigos?

—No hemos hablado tanto... sino, tal vez sí...

—Y usted, ¿los hubiese creído?

—¿Por qué no? Como a usted...

—Yo le soy sincero... No me atrevería a mentirle... Me siento muy dichoso a su lado... No había experimentado nunca la sensación de bienestar que embarga mi alma en estos momentos... Parece que la conozca de tiempo, de siempre...

Los minutos pasaban veloces, y en el salón la música seguía tocando bailes y más bailes, cansándose los amigos de Dick de buscar inútilmente a Patricia para reclamar el cumplimiento de sus compromisos.

Al cabo de una hora, Gordito, Smith y Spud dieron con el paradero de la hermana de Lawrence y de Dick, y como les sorprendieron, desde detrás de unos arbustos, muy pegaditos para hablarse misteriosamente, regresaron a la fiesta, renunciando a la esperanza de sentir junto a su rostro el hálito de la encantadora Patricia.

Y pasó media hora más, despertando entonces los dos jóvenes a la realidad, levantándose del banco para volver al baile, que estaba próximo a terminar.

—¿No podré ver a usted mañana?—preguntó Dick a Patricia.

—Lo siento mucho, pero le he prometido ya al señor Courtney acompañarle a dar una paseo hasta el Cabo del Cementerio.

—No vaya usted, señorita... no vaya...

—Pero es que no puedo quedar mal con el señor Courtney; tiene que decirme algo muy importante, según me advirtió.

—Sí... Ya sé lo que será... Deje usted que me lo diga a mí.

—No, no; no puede ser...

—Pues bien; invítame usted o no, mañana estaré en el Cabo del Cementerio a las ocho.

—Sea usted prudente, señor Randall...

—En ciertos casos, la prudencia es algo desconocido, algo que no ha existido nunca...

El resto de aquella noche, Dick no pudo conciliar el sueño, agitándose en su lecho pensando en Pa-



tricia, antojándosele que alguien se la quería arrebatarse y él la defendía a trompazo limpio.

A la mañana siguiente ejecutó torpemente los ejercicios prácticos, no pudiendo quitarse del pensamiento a Patricia; y así llegó la caída de la tarde.

Eran las siete y cuarenta y cinco minutos. Dick se retiró a su dormitorio y vistióse lo mejorcito que tenía, para causar la mejor impresión posible a su amada.

Los compañeros, y a la cabeza de éstos un jefe, le espiaban; y le detuvieron cuando se disponía a salir bonitamente.

—¿Hacia dónde te encaminas, enamorado galán?—preguntó el jefe.

—Pues... pues a dar un paseito antes de meterme en la cama, para que me dé un poco el aire fresco...

—Sí, ¿verdad? Nada de idilios a la luz de la luna hasta después de las regatas, para triunfar en las cuales se cuenta con la destreza de ese fuerte brazo.

—Sólo esta noche; prometo ejercitarme mañana por más tiempo y con más entusiasmo que nunca.

—¡Ni una palabra más! ¡A la cama y a soñar con los angelitos!

—Pero, por favor...

—¡Basta! ¡A la cama!

Apenas quedó solo, Dick intentó huir por la ventana, buscando otras ropas en un armario, pero regresando en aquel momento al dormitorio, los compañeros le impidieron la huida, vaciando dicho armario de cuantos efectos había en él, no creyendo de buena fe que Dick era sonámbulo, como éste se fingió para evitar que sus amigos armasen un escándalo, metiéndose por su propia voluntad en la cama.

Al poco rato, ya que no podía cubrirse el pyjama con ningún traje, y resuelto a todo por volver a ver a Patricia, Dick ató entre sí las sábanas de la cama y se deslizó por la cuerda formada de tal manera hasta el jardín, desatando entonces la sábana de abajo, envolviéndose en la misma y echando a andar hacia donde encontraría a su amada con Courtney.

Varias parejas se asustaron al ver un fantasma deambulando por el jardín, y un perro, menos miedoso, se empeñó en estirar la sábana debajo de la

cual se ocultaba Dick; lográndolo cuando éste alcanzaba a Patricia.

Sin que Courtney le viera ni Patricia tampoco, Dick tocó en un brazo, apostado detrás de un árbol, a la hermana de Lawrence.

—¿Ha sido usted el que me ha tocado?—preguntó Patricia a Courtney.

—Yo, no. No me he movido de esta distancia...

Dick volvió a tocar en el brazo a su amada, y ésta, al verle, experimentó una gran alegría, pues le estaba esperando, pero al verle en pyjama, y al tiempo que Courtney, Spud y varios amigos más le descubrían, extrañóse desagradablemente.

—Usted se va mañana y necesitaba hablarle esta noche—dijo Dick, suplicando le disculpase.

—¡En semejante facha!—exclamó Patricia—. ¿Cómo se atreve usted?

Para salvar la situación de la mejor manera posible, Dick, delante de sus compañeros, fingió estar soñando, y echó a andar como un sonámbulo, hacia la Escuela, siguiéndole, desconcertados, aquéllos, preguntándose si sería verdad que no se burlaba de ellos.

\* \* \*

Después de esa ocasión, Dick no pudo volver a ver a Patricia, ocupado como se hallaba continuamente en sus estudios y sujeto a la rígida disciplina de la Escuela Naval.

Lawrence también se esforzaba por salir adelante, pero se desalentaba a menudo.

—Animo, hombre... No olvides aquello de quien no espera vencer está vencido—le dijo Dick, aquel día.

—Sí, no lo olvido, pero esto es muy pesado...

—Paciencia, paciencia... Y qué, ¿no has recibido noticias de tu... tia?

—Sí, mi *hermana* está bien, gracias.

—¡Ah! Me alegro, me alegro...

—Han estado en Europa dos años, y llegarán aquí mañana, en el yate de Courtney, para asistir al baile de Junio.

—Tu hermana te quiere mucho... y sabe conservar los amigos...

—Si te refieres a Courtney, es una lata.



—¿Por qué?

—Según parece, mi tía se saldrá con la suya, porque él y Patricia o son ya novios o no tardarán en serlo.

—Ya, ya...

—Es una contrariedad... Yo creía que mi hermana se casaría con un marino y hasta pensé que tú...

—¿Yo?

—Sí, Dick... Yo no soy un niño... Vamos, sé hombre y no te acobardes por el primer contratiempo. Ahora me toca a mí el aconsejarte. A un marino no ha de arredrarle el mal tiempo. El que no aspira a vencer está vencido.

—Es verdad... Tienes razón... Me has dado una esperanza...

Llegó el día señalado para el baile de Junio.

Dick estaba de guardia, y esperaba ansiosamente la llegada de Patricia, por el placer de verla... y hablarle...

En la sala de banderas, en sitio visible, había la siguiente severísima orden:

1.—*Todo guardia marina que introduzca a un visitante en el cuarto de banderas o en cualquiera de los salones sin solicitar previamente permiso del Subdirector, será expulsado de la Escuela Naval.*

2.—*El guardia marina de servicio dará parte inmediatamente en caso de contravención a esta orden.*

Ralph E. Decatur

Casualmente, Patricia, buscando a su hermano, empujó la puerta del cuarto de banderas, y Dick, que estaba dentro, le impidió que entrase.

—Dispense usted, señorita, pero está prohibida la entrada aquí.

Pero apresuróse a salir del cuarto para hablar con su inolvidable aventura de dos años atrás.

La contempló detenidamente. Patricia parecía recordar con cierto enojo la forma en que se le presentó aquella noche en el jardín, pero en el fondo estaba encantada de ver a Dick. Más que casualidad, fué verdadero deseo lo que la llevó hasta el cuarto de banderas, enterada de que Dick estaba de servicio.

Al ver el guardia marina que los dedos de Patricia no llevaban señal de compromiso, exclamó:

—¡Ah! ¡Me resistía a creerlo! ¿De modo que... no era verdad?

—¿Qué es lo que no era verdad?

—Su hermano me dijo que usted... que estaba...

—¿Que estaba qué...?

—No, no... Ya veo que no... que no tiene puesta la sortija de compromiso.

—¿Qué compromiso?

—Sí, compromiso de matrimonio.

—Pero ¿qué es lo que está usted diciendo, Dick?

—Perdóneme, Patricia... ¡Me siento tan feliz de que usted no tenga compromiso de matrimonio!

La fiesta empezó, brillantísima, como de costumbre.

Dick se derretía pensando en que Patricia estaría bailando con otros, pero el deber le ataba a su puesto.

En el salón de baile, Courtney decía a una mujer frívola, con una idea pecaminosa en la mente:

—Vamos, una broma se le da a cualquiera. ¡Y menuda broma será la de darle el primer beso al inocentón de Randall!

Courtney proponía a una locuela que fuese al cuarto de banderas y besase a Dick, asegurándole que era un muchacho tímido, del que, tal vez, se enamorase...

Texas, el enemigo de Dick, al oír, por obra del azar, las palabras de Courtney a la casquivana, sonrió, pensando en las consecuencias que tendría para su rival la entrada de aquella mujer en el cuarto de banderas si alguien le sorprendía, y no hizo nada para impedir que comprometiesen infamemente al compañero.

La frívola prometió agotar todas las artes de la coquetería, para reírse de lo lindo Courtney a costa de Randall, y al poco, el cobarde pretendiente de Patricia saludaba a Dick en la puerta del cuarto de banderas.

—Mala suerte ha sido para usted estar hoy de guardia, Randall.

—Cierto es, señor Courtney, pero todo en esta vida tiene sus compensaciones, muy agradables a veces.

—No sé a qué compensaciones se refiere usted.

—A ciertas visitas de encantadoras damas...

—¡Ah!... Pero esas damas bailan con otros... olvidándose de usted, amigo mío...



—¡Quién sabe!...

—Bueno, le dejo, porque Patricia me espera...

—Que se divierta, señor Courtney... y procure que Patricia haga lo propio, si baila con usted...

Un poco después, la frívola que había prometido a Courtney entrar en el cuarto de banderas, lo hacía lindamente, colgándose al cuello del guardia marina que encontró dentro y que era Lawrence, el cual estaba esperando a Dick.

—¡Ay, precioso mío!—le dijo, besándole.

Dick sorprendió a Lawrence forcejeando con la intrusa, y el muchacho se disculpó de haber sido encontrado allí con una mujer, asegurando que él no la había conducido al cuarto cuya entrada estaba prohibida a las mujeres; y Dick hubiese hecho la vista gorda de no intervenir en el asunto el Subdirector en persona, que se presentó en el cuarto de banderas de improviso.

Dick recibió la orden de dar parte por escrito, al Almirante, de lo ocurrido, y cuando quedó a solas con Lawrence, pues la culpable de todo desapareció al llegar el Subdirector y éste marchó después de dar la citada orden, le dijo, afligido:

—Lo siento en el alma, amigo mío, pero tendré que dar parte en contra tuya.

Lawrence, abatido, contestó:

—Me será imposible probar que no hubo falta de mi parte; y hay ya tantos cargos en contra mía que me expulsarán sin remedio.

—No hay arreglo, Ted, no hay arreglo... No sabes cuánto me apena ser yo quien deba acusarte...

—Lo comprendo, Dick, lo comprendo... Tú debes cumplir con tu deber...

Cuando Patricia se enteró de lo que ocurría, no vaciló en entrevistarse con Dick, a quien llamó desde la puerta del cuarto de banderas, para que saliera a reunirsele fuera.

—Dick, usted tiene que ayudarnos—le dijo.

—Me es imposible, Patricia...

—No puede usted acusar a mi hermano; bien sabe que le expulsarán si lo hace.

—Lo siento muchísimo, Patricia; haría por usted todo... pero es mi deber y no puedo dejar de cumplirlo.

—¡Su deber! Dadas las circunstancias, bien podría usted dejar de cumplirlo.

—Un oficial no puede dejar de cumplir su deber por nada ni por nadie.

—¡El que ama lo puede todo!

Dick ahogó un grito en su pecho.

—¡Ah! ¡Sí, yo te amo, y lo voy a demostrar, Patricia!

Dick no dijo más. Separóse en el acto de su amada y fué al encuentro de su madre, que se hallaba, como las otras veces, en la fiesta.

—Mamá—le dijo apartándola hacia el jardín—, voy a pedir mi baja.

—¿Por qué, hijo mío? ¿A qué obedece esa decisión insospechada?

—No puedo explicarte nada.

Los dos seres que tanto se querían miráronse unos momentos. La madre vió que su hijo hacía un esfuerzo supremo para renunciar a su carrera, y comprendió que algo muy grave le obligaba a ello. Tentada estuvo de darle consejos, para detenerle al borde del peligro, pero como tenía confianza en él desde que era niño, murmuró, abrazándose a su robusto pecho jadeante de emoción:

—Uno ha de proceder siempre de acuerdo con su conciencia, hijo mío.

Dick no dejó de darse cuenta del dolor que su madre sentía al pronunciar esas palabras, por las que se mostraba conforme con lo que hiciera, y a fin de no vacilar por ella en la realización de su idea, regresó seguidamente al cuarto de banderas y redactó la siguiente demanda:

ASUNTO: *Solicitud para el retiro de la Escuela Naval.*

*Por medio de la presente solicito que se me conceda licencia indefinida para retirarme de la Escuela Naval, en la que soy guardia marina, y del servicio de la Armada*

*Dick Randall*

Escrita la renuncia, salió fuera, para llevarla a la Subdirección, y, casualmente, vió a su madre detenida frente al monumento que perpetuaba la heroici-



dad de excepcionales marinos, en una de cuyas lápidas figuraba el nombre de su esposo; y escondióse para contemplarla sin ser visto y oír lo que decía.

—He hecho cuanto estuvo a mi alcance, Ricardo— murmuraba la dulce mujer, dirigiéndose al adorado desaparecido—, a fin de que nuestro hijo fuera marino como tú lo deseaste... Aunque viuda y con muy pocos medios de fortuna, ningún esfuerzo ni sacrificio omití por él, que ya estaba en vísperas de recibir su despacho de oficial... Creo que renuncia por una mujer... Perdónalo, Ricardo... Nosotros también fuimos jóvenes...

Dick no tuvo fuerzas para tolerar que la que le dió el ser llorase por su culpa, y anteponiendo el agradecimiento filial a todo, para compensar en infinita parte cuanto por él había hecho su madre, presentóse ante ésta, secó con sus besos sus lágrimas; y resuelto a no retroceder ante el cumplimiento del deber y a mostrarse digno de su padre, rompió la solicitud de baja.

Al poco, Dick decía a Lawrence:

—Preséntate arrestado, Ted.

El muchacho inclinó su cabeza hacia el suelo, y, lentamente, iba a cumplir la orden.

Patricia, que no sospechaba o no quería sospechar el sacrificio que representaba para Dick el arresto de Ted, reprochóle su "desconsideración" con miradas de mujer ofendida en lo más íntimo, y le dijo nerviosamente:

—¡No quiero volver a ver a usted mientras viva! Courtney sonreía ante su rotundo triunfo, y Patricia, volviéndole la espalda a Dick para expresarle todo su desdén, le rogó:

—Hágame el favor de acompañarme. Quiero ir a reunirme con mi tía.

El cobarde respondió:

—Su señora tía volvió al yate.

—Pues vamos allá.

Dick aunaba su voluntad y el recuerdo de sus padres para soportar el rudo golpe que le asestaba el destino, y en tanto, Lawrence, en las escaleras de la sala de fiestas, se tropezaba con Texas.

—¿Qué pasa, Lawrence?—preguntóle éste.

Ted le refirió punto por punto lo sucedido, y Texas,

al separársele aquél, quedó unos momentos indeciso. El recordaba perfectamente lo que Courtney dijera a aquella mujer frívola que debía besar a Dick en el cuarto de banderas...

Dick se puso en tales instantes al alcance de las miradas de Texas, y éste, en un arranque de nobleza, le llamó y le dijo:

—Nunca hemos sido muy amigos que digamos, Randall... pero ¡qué diablo! no he de consentir por eso que le hagan pagar a usted por algo que no ha hecho.

—No comprendo, Texas...

—Lawrence cayó en un lazo que habían tendido para usted. Vi cuando el acompañante de la hermana de aquél mandó a la veleta aquella al cuarto de banderas.

—¿De modo que fué Courtney...?

—Creí que sólo se trataba de una broma, hasta que Lawrence me explicó lo grave del caso.

—Gracias, Texas. No le he creído a usted nunca malo. ¡Muchas gracias!

—Después de todo, somos compañeros de armas, Dick. No volveré a olvidarlo jamás.

Estrecháronse las manos, y Dick, presuroso, pues recordaba que Courtney se había llevado a Patricia al yate, salió en dirección al muelle, para ir a arreglar cuentas con el canalla.

La tía de Patricia no estaba en el yate, pero para no alarmarla, Courtney manifestó a la joven que su pariente dormía ya.

Dick llegó a presencia de Courtney abriéndose paso en el yate a la fuerza, y le dijo autoritariamente:

—Quiero hablar con la señorita Lawrence.

La tripulación del yate habíase acercado a la puerta del saloncito en que se hallaban Courtney y Dick; y el cobarde, envalentonado por la presencia de su gente, respondió al valeroso guardia marina:

—La señorita Lawrence no está visible, ni desea, tampoco, recibirle.

—Eso lo vamos a ver en seguida, pues usted sabe que...

Courtney no le dejó terminar la frase, puesto que a una orden suya la tripulación del yate se apoderó de Dick:



—Echen a este intruso—dijo, luego, Courtney.

Dick forcejeaba desesperadamente, y para terminar antes con él, Courtney sentenció:

—¡Tírenlo al agua!

Inmediatamente, el cuerpo del bravo guardia marina cayó al mar, y a grandes brazadas dirigióse hacia la costa.

Ganada la orilla, pidió permiso para hablar en seguida con el Almirante, y mientras su deseo veíase satisfecho, consintiendo en darle audiencia el primer jefe, Courtney decía al capitán de su yate:

—Hágase a la mar con todo sigilo; quiero estar fuera de la bahía de Chesapeake antes de que amanezca.

Introducido a presencia del Almirante, Dick le puso en antecedentes de lo que sucedía.

—Oficialmente no podemos hacer nada en este asunto...—contestó el jefe.

El desaliento se dibujó en el rostro de Dick.

—Pero extraoficialmente—añadió el Almirante—haremos lo que se pueda.

—¡Oh, gracias, gracias!—exclamó Dick, brillándole los ojos de alegría.

Fueron dadas las órdenes para que se persiguiera al yate y se le hiciera volver a Annapolis, y Dick logró que se le aceptase para la persecución, en el buque de guerra encargado de la misma.

A todo eso había amanecido ya. Patricia, al levantarse, entró en el camarote que ocupaba su tía, pero lo encontró vacío y sin que en el lecho hubiese la menor señal de que alguien se hubiese acostado.

Courtney esperaba a Patricia en el saloncito. Ella, apenas le vio, leyó en su rostro la traición que le había hecho, y como acababa de percatarse de que el yate se encontraba lejos de la costa, le dijo, asustada:

—¿Qué significa esto? ¡Vamos con rumbo a alta mar y mi tía no está a bordo!

Courtney se mostró entonces a ella tal como era.

—Significa sencillamente que no verá usted más a ese primoroso guardia marina, y que yo he resuelto poner los puntos sobre las íes.

—¿Qué es lo que está usted diciendo?

—No se ponga así. A estas horas, esos marinos no se acordarán ni de que usted existe.

—Lo que usted ha hecho no tiene nombre.

—Ya sabe usted cuanto la amo, Patricia, y no he podido esperar más. Apenas estemos en alta mar, nos casará el capitán sin necesidad de que haya guardias marinas en nuestra boda.

—¡No, no!... ¡Quiero desembarcar!

—Le ruego sea sensata. La tendré a usted aquí hasta que consienta en casarse conmigo, porque la amo con delirio...

De súbito, Courtney vio, desde una ventanilla, a escasa distancia, el buque de guerra, y palideció al suponer que le buscaban. Desde ese momento, fingiendo no haber visto nada, transformóse, para Patricia, en un corderillo.

—Tal vez he procedido con un poco de precipitación... Desde luego, nada más lejos de mí que obligarla a que sea mi esposa.

—Pero ¿no decía usted...? Entonces, ¿por qué no regresamos a Annapolis?

—Tal vez... tal vez... Y, mirándolo bien, ese Randall no es mala persona.

El asombro de Patricia no duró mucho, pues Dick abrió violentamente la puerta del saloncito seguido de varios marineros, guardias marinas y oficiales.

¡Ah! ¡Courtney presentía esa sorpresa!

Sin mediar muchas explicaciones, el cobarde fue obligado a quedar solo con Dick en el saloncito; y mientras Patricia era objeto de las mayores atenciones por parte de los caballerosos marinos, Courtney, muerto de miedo, decía a Dick:

—Casualmente estaba hablándole a la señorita Lawrence de las bellas cualidades que adornan a usted.

Dick respondió, dirigiéndose a Patricia:

—Es preciso que el señor Courtney se presente en la Escuela Naval a fin de que quede demostrado que nunca es lícito faltar al deber.

Courtney debía, pues, seguir a Dick al buque de guerra, pero, antes, el guardia marina quedó a solas con el cobarde, y le dijo, aprestándose a ello:

—¡Voy a darle a usted la paliza más entusiasta que se ha propinado desde Adán hasta la fecha!

Y no quedó en simple amenaza.



\* \* \*

El buque de guerra, lanzado a toda máquina, llegó a Annapolis a tiempo para la parada que precedía a la promoción.

Dick pudo asistir a la misma, convertido en oficial.

Y, más tarde, medio millar de futuros almirantes recibía sus despachos, felicitando a cada uno de los nuevos alféreces el Secretario de Marina, señor Wilbur, en persona.

Terminado el simpático reparto de la recompensa del triunfo de los estudios, los compañeros que quedaban aún en la Escuela lanzaron entusiásticamente los tres hurras tradicionales.

Luego, siguiendo la costumbre, más de un alférez de la nueva promoción fué a la capilla a fin de embarcarse en los ignotos mares del matrimonio.

Las novias esperaban llenas de ilusión el anhelado momento.

Dick, el bravo y apuesto alférez, buscó a Patricia, después de haber besado con idolatría a su buena madre que lloraba de felicidad; y contemplando a las parejas, dijo a su amada:

—Esos se van a casar. Qué envidia, ¿verdad?

Patricia le sonrió sin osar mirarle a la cara.

Una idea se apoderó de Dick.

—Me parece que el capellán no se ha marchado todavía.

Empujó hacia la iglesia a Patricia.

—¿Qué hace usted? ¿Qué pretende usted?

—¡No es necesario que te lo diga, Patricia! ¡Tu corazón está deseando lo mismo!

—Pero, Dick, ¿no te parece que...?

—¡A casarnos, Patricia!

—¡No, no!

—En la Armada no se discuten las órdenes; se obedecen.

Y Patricia no quiso faltar a la disciplina.

FIN

Ha sido revisada por la censura

**Éxito máximo:**

**EL BESO**, por Greta Garbo y Conrad Nagel

**Ediciones Especiales de  
La Novela Semanal Cinematográfica**



EB